

Ana Arzoumanian

DEBAJO DE LA PIEDRA

A Iván y Nicole, siempre

I

DEBAJO DE LA PIEDRA

*¡Oh!, ella no juega para reír.
Juega para resistir, para retenerse*

HENRI MICHAUX

*Ninguna violencia supera a aquella
que tiene apariencias silenciosas y frías.*

GIUSEPPE UNGARETTI

1

Nada debajo de la piedra.
Nada del titubeo.
Nada debajo del abismo que aprieta,
nada debajo del desabrigo.
Eso de frágil,
de débil,
de quebradizo,
lo retendré en mí,
una línea de aire
preparando su luz.

2

Es herrumbre lo que se cuele,
sima regada de vidrios.
Es la zanja final
la que seduce,
la que en procesión nos empuja.
No creas que es rocío
lo que enfría las brasas.
Es la sumisión transparente,
el alimento fiel de los castos,
cruces en la rigidez de la partida.

3

Nos enhebran
a la aguja que desteje
y el verdugo de las penumbras
mece la ilusión
en manos colgadas de maderos.

4

Está tan oscuro adentro,
en el yelmo del azote eterno.
Tan fugaz la hiedra
en la pared que se marcha.
Y yo me cuelgo desnuda,
me cuelgo y me balanceo
en la mesa agujereada.
Porque no alcanza,
no basta el calostro continuo,
ese hueco donde llora mi inocencia.
La tarde, allí afuera, es un brío que no se apaga.
Y es triste ese instante
del verde que tarda.
Lanzo alaridos, siempre,
pero una vara en la niebla
tiñe de azul todo el cielo.

5

Es mestiza la llanura
donde flameo secuestrada,
donde encajes antiguos,
colmillos de yeso en las sonrisas,
limitan la extensión.
Y en el tiempo destemplado
donde un ángel perdido merodea,
me sobra un grito,
que se repite.

6

Somos medidas,
líneas en la vertical
del infinito que no llega.
Mi promesa es un epitafio abandonado,
musgo creciendo entre la piedra.
Mientras el embudo inagotable nos iguala
yo seco las banderas,
las tiendo al sol.
Toda tu sed
en la mudez de mi garganta
dice que no cedí
la fuerza de mi sangre.
Y ahora que no te pongo a salvo,
se enceguece mi cuerpo, gime
con la obstinación de los saciados.

En el confín de la vegetación
donde mi perfil es desgarró,
en el ocaso crujiente
donde ciénagas oscuras
repite tu nombre,
aquí, vida, yo busco
a mi vástago,
el poeta,
el de los ojos hundidos
y las manos desdentadas,
el de los bolsillos vacíos,
voz mutilada que sólo recuerda.

8

Cómo decirte
que no me rindo,
que liberaré del azote
los aromas funerarios,
que recortaré las puntillas de sangre
en mi ajuar olvidado.

9

Es una larga noche el día.
En mi espalda que se destapa
espera vacío el sol
para sacudir las sábanas.
Todo mi cuerpo en la cama
da vueltas al revés,
hace piruetas
desafiando el hastío.
Cuando mis horas se deshacen
sangra la traición,
arden mis palabras.

10

Crecen las alas en la jaula
entre rejas que lastiman su espesura.
Ante el deseo cautivo en el destello
es frío el hierro entre mis alas.

11

Este es mi abandono:
contrato de labor continua
y lanzas que me guían sin timón
hacia los arrecifes de bordes desmentidos
a la hora de la cena, hacia la palidez
que me atraviesa, hacia mi atril
en las fosas cotidianas.

12

Juntarme en esa casa
vacía de ventanas,
es quedarme con mi ahogo
cortando plantas entre escombros.
Tus manos rezan a la cruz
de mi tierra adormecida,
cuando góndolas suspiran
en los canales derrotados.
Y yo escribo postales en el patio
con mis besos sangrando las paredes.
Desde una ciudad
que no visitaremos nunca, escribo.
Calles de agua, de flores, de pájaros.
Algo de tus ojos
para la ansiedad de su muerte,
escoltan mis piernas
en nichos de cópula.

13

Es una alucinación,
un temblor de la nada
que en el dolor fermenta.
Es sobrevivir de un parto sin madre.
Vértigo umbroso que raspa y raspa.

14

Desmantelar la casa.
Perturbar la demora de la piel
en manos extranjeras.
Y entornar el vientre,
ocultando los filis palpitanles.
Y agitar,
salirse de la roca, del cristal,
destronarse en la enfermedad que enajena,
y ser ese harapo que se acurruca en los armarios.
Entonces punzará en vano
la frontera en la que bailo.
Pechos tibios de verdad habré bebido,
pechos tibios de muerte en cuartos ignorados.

15

Es poroso este paredón.
Sólo entre sus ranuras
crece el vegetal.
Y en ese pequeño, obstinado espacio
se deslizan antifaces,
se alimenta la limosna.
No talarán las piernas de vagidos.
Como conspiración este rocío
será, gota a gota,
el tocado de lo que se pronuncia.

16

Hay crepúsculos atascados
en las ventanas del deseo.
Hay un olor opaco y un sopor
en mi ropa de entrecasa.
En ningún lugar, en las calles
de ningún lugar,
mi corazón te habla.

Abandonar la caravana.
Tenderse en las calles
como un ancla fría.
Así mi piel traduce heridas
en los pórticos desatados
del idioma que retorna.

Estoy despierta en la cama,
el armario erguido
me cerca, me controla.
Una noche se desplomará
sobre mi manta,
y ya no veré
su madera como manchas
zamarreando mis anhelos.
Yo no duermo,
tengo miedo al gigante marrón
que me custodia.
Quizás me aplaste si sueño,
si pretendo creer que no está,
que es otra la pieza,
otra la cama, otro el lugar.
Mi cuerpo no resiste
su sombra que se acerca.
Mido la distancia hasta las sábanas
donde no se clavarán
sus uñas astilladas.
Allí comienza mi calma.
Parpadeo y me voy
donde reside mi vuelo imperceptible,
donde palpita el verbo,
en el blanco significado interior.
Por fin, cierro los ojos, descanso.

19

Segmentos desertores
nos devuelven al espacio,
cuando el prócer vaga distraído
en la ciudad dormida.

Cierro el paréntesis con arabescos,
con verdores que no fueron
y restos masticados de la promesa.
Desmesuras soñadas
junto al nogal
y la lluvia aceitosa de nueces
en la quietud de la tarde,
para arrullar la muerte lenta
de la que escapa.

21

Rasga la niebla
la zona sigilosa,
cuando una ternura que tarda
araña la tierra.

Como los dedos deformados
de una mano vieja,
los hierros retorcidos
exhiben el dominio
de apariencias que decaen.
Así, tan altos y tan solos,
tan inútilmente desnudos,
obstinados como vigas inertes,
vanos son los hierros en el techo
de mis cuartos derrumbados.

La maldita desgarradura,
el abandono de la voz.
El mismo zumbido
de mezquitas viejas.
Y otra vez el vacío
como reguero de cables
en la torsión del cuello.
Sentada debajo de la mesa, espero.
Cuando tu lengua
amasa besos en otra boca
todo el cuerpo que se agacha, duele.

En las vetas de yeso,
en ocres de mustios jazmines
ataca su enfermedad,
avanza sobre seco.

No a tientas como abril, no.
Como hule que se ahínca en la madera,
raspa la limpieza sobre seco.

De tanto escurrir el agua, cerrar los puños,
hacia el cuerpo me crecen las uñas,
afiladas, hacia adentro.

Arrinconado en atávicas plegarias
culmina el tiempo del rescate.

No tardes.

Jinetes perdidos vaciaron mis lágrimas,
blandieron su estaca en el maizal que tiritita.

No queda rincón donde esconderse
y yo espero, yo espero.

No tardes,

océanos aturcidos se encarnan en mi vientre.

Y no es compasivo el blasón despótico
que compra mi sangre.

En cenicientas noches desfigurado
mi corazón te espera,

no tardes.

Duele estar lejos
y tener vértices de bronce,
bóvedas de fuego en celo,
curvas podadas en sepia
y riendas que me acarician el vientre.
Y dentro de mí
esta pulsación plebeya
de abandonar la tierra,
de cortar mis tallos perfumados
en la quietud del encierro.

II

LA DESNUDEZ DE LO QUE FALTA

*Tengo siete u ocho sentidos. Uno
de ellos: el sentido de lo que falta*

HENRI MICHAUX

1

Partida al medio, en carne viva,
sacudo mi sangre amontonada.
Coletazos de la espuma,
mucho más que piernas de cristal.

2

Aristas del coito impenetrable,
jirones del hábito gastado.
Más que velos caídos
en la desnudez de lo que falta.
Más que toda mi piel
en mis brazos que te buscan.

3

Encerradas mis alas en el frío de las uñas,
en cautiverio estoy
aquí, con vos, en carne viva.

4

Vivo refugiada
entre ráfagas aturcidas.
En contorsión de cristales,
en gestos de domingos templados,
atada a la cuerda
yo viajo en declive.
Me espera un retorno,
un tirar de la medianía
hasta que ya no duela.
Y a contraluz,
el rumor metálico
de lo que nunca encontraré.

5

Te susurro al corazón,
te pido abrigo.
Huyen de mí estos ojos,
Se tienden al abandono
de riendas, de muescas.
Como lija el frío en la demora.
Como extrañan mis pechos
tus manos dibujando lunares.
Como se endurece el pulso espantado
en el constante extravío.
El repartidor vulgar
abruma mi inocencia.
Y duele la corrida del toro
en. la espada que sonrío.
Cuando el sol baile en mi sangre
alguien festejará la herida.

6

Fragmentos vaciados de mí.
Soledad, como el perfume que se fue
de los jazmines en verano.
Recogiste la inocencia
de lo que ya no es.
Y esa obstinación
de rincones agitados
por la urgencia de infinito.
Me trajiste a mi propio país,
un país donde la ternura busca
los límites desalojados del corazón.

Vuelvo de aquel lugar,
llevo sobre mí la marca
del abrazo dominante.
Vuelvo de los ritos
tiritando de su último vestigio.
Fiera con aspecto de sombra,
anudada al entramado vibrante,
vuelvo para ser forajido
y violar viejas tierras.
Y hasta que las urnas se vacíen
y los diques no contengan,
pasearé en rostros velados,
bebiendo fantasmas
en zanjas de ilusión.

8

Quizás esto no sea
la idea del encierro
un equinoccio de noche y hambre.
Acaso detenerse en curvas sedientas
sea el fin de la cruzada fatua.
Cal fría llorarán las catedrales,
y será el antídoto de este sudario
la alienación de los colores que un día me quitaron.
Y este balcón que cede,
y este vaivén entre la niebla
sean el precipitado del anhelo.
Quizás en el derrumbe
encuentre tu llave rugosa
y del alba seré su prisionera.

9

Tus palabras llegan a mi cama
y acunan mi cuerpo en el desvelo.
Amor, habitamos la geografía
del desierto.

Tu aliento invita a cabalgar
en metamorfosis hacia adentro,
hacia el germen dulce del despojo.

Y yo vendo flores
en la periferia del placer.
Pitonisa de grandes ojos,
leeré en esclavitud genital
el beso que te acerca.

10

Soy todas.
El miedo es el signo
en cientos de roces astillados.
Hundo mis dientes en tu cuello
como presagio,
como sentencia de carne.
Es posible ser cobarde,
es posible que no llegue.
No te inquietes,
puedo recordarte en cáliz aéreo
arias de ambiguos encantos.
Y si abduco
será sin regreso mi lugar.
Y de ser una,
otras llorarán en el exilio.

11

A oscuras,
sólo a oscuras
puedo recordarte.
El sol tiene púas
para remendar el orden.
Tengo mis ojos para imaginar
tus labios en mi noche,
cuando los vencedores duermen,
cuando los conquistadores
desempolvan sus trajes almidonados.
Me pesa el silencio en la seda
de un camisón que no estreno.
Y en la tregua,
allí, detrás, debajo, aquí,
licuado en mi sangre,
te recuerdo.

12

No puede ser un grito
lo que se precipita,
lo que late,
lo que se enrosca
en mis pechos.
No tamicemos la pasión
en la celosía del viento.
Por los tejados resbaladizos
saldré en las noches
a recoger las migajas.
Y de hambre serán
mis ojos azul vidrio,
azul de hierro.
Cortaré toda zona amarrada,
capturada en el elástico que zumba.
Y como vector de luz,
como un animal perdido,
me encontrarás aleteando.

13

Todas las noches
se enciende una sombra
donde las manos caen.
Y yo desanimo figuras enlutadas
que vagan por las calles,
porque algo de mis ojos se arrodilla en la ventana,
porque hay un temblor acostumbrado
de la falta.
Y tu oración es una alegría rebelde
en la morosidad de mi muerte,
como la tibieza de un perfume recordado,
como un pasadizo donde navega mi alma.

14

Busco mis pasos
en el margen que se achica.
El resto,
el vacío del mundo,
los sepultureros del día,
ofrecen placebos con moderación.
Y no hay enemigos,
ni héroes ni batallas
en los santuarios del cuerpo.
Brazos y piernas
como esquivarlas,
como espinas clavadas en baldíos
obedecen sin distracción.

15

Todas mis sombras
en el túnel de tus lágrimas.
Sombras en el velo de la lluvia,
sombras de desembarcos,
sombras que abren la puerta
quemando incienso
en mi sótano azul
que me desnudan
estremeciendo mis ayunos.
Sombras como arcos desenvainados,
que arrancan sueños
de ya no morir.

16

Sólo un gesto de ternura
para quien espera.
Una mirada,
un mordiente
que me traiga su alegría.
Sólo una caricia,
un rayo disector.
Briznas fugitivas
en el columpio plateado.

Si lloran mis palabras
en las rutas enemigas.
Si se estremecen mis gritos
en la celada espesa
de todas las puertas.
Ay, si muerde huesos
la noche enguantada,
como tallando heridas,
como prieto dominio del deterioro.
Si este lápiz que besa la hoja
no provoca su muerte,
entonces, en murallas de viento
cantarán versos las voces que odiaron.
Y será gloria en la cópula
de los signos el pliego
que bombea mi sangre.

Caminé por tu casa vacía,
un bandoneón desclavaba
su último himno
en las baldosas desveladas.
Y no estabas.
Sólo una flor en la bandeja,
una copa azul
hurtando la cautela,
el foso íntimo de la negación.
Entonces fue invierno en mis costas,
en el muelle que llora caídas antiguas.
Luego las luces se apagaban
como novias enlutadas.
Siguiendo el surco encogido,
desde atillos indefensos
intento olvidar la dulzura del aire,
cuando todavía éramos
una sombra leve rasgando desiertos.

19

En ajadas nupcias
se ablanda el destierro.
Colores de la ilusión
que se van de mí.
Un rostro gastado para el desayuno,
y luego caminos que crepitan.
Perfume tierno del amor
que se fue de mí.

Ay, ávido escultor,
penetra en el mármol
allí donde más duele,
y arranca este vacío,
esta cicatriz de sol.
Prepara un lugar en el maldito mundo,
una esquina de sombra
en el jardín que languidece,
donde vos y yo
podamos encontrarnos,
vos y yo
coloreando de azul todo silencio
en el beso alado de las almas.

21

Mares en ojos imposibles.
Sólo mordeduras
en nuestros muebles vacíos, amor,
sólo mordeduras.
Mi figura resiste
en la piel enguantada,
resiste su muerte en las cornisas,
cuando desasidas de savia
corren al desmayo
núbiles en cortejo abandonadas.
Qué costra animal
se volcó de tu lecho.
Qué desmán de manos
atisbaron ecos en las cavernas,
mi tibieza de placer sin desenlace.
La danza cuyo designio
no se consuma en tu penumbra,
es el origen, el inicio de pilares
en el reparo del viento.

Si me desnudaras hoy,
si atravesaras la hipótesis,
si te alzaras descalzo
sobre mi corazón de vidrio.
Si suave tu líquido tibio
enjuagara el alba,
y se limpiara por fin de tanto óxido,
de tanto hastío, de tanto tedio
el aire de mi aliento.
Como la silvestre reseda
dibujaría una huella blanda,
blanda y nueva.

Tus manos calan mis encajes blancos
conjurando perfumes eternos.
Yo llevo mi deseo como piedra derribada,
como grito tembloroso, como azote,
como viento entre las plantas
de solitarios jardines.
El deseo es esta astilla
que duele en mis pasos.
Es tu cuerpo en la plegada
saliva de la distancia.

Son de vértigo
las palabras que te ofrezco,
de gata negra
que araña,
que serpentea en la cornisa,
de zafiros que duelen al brillar
en el meridiano del placer.
Y mis verbos,
crispados en la rompiente,
en atardeceres lacios
se sublevan.

Tengo dedos balbuceantes
en el fondo de mi sexo,
y bridas cotidianas
en el vino que nadie toma.
Ladridos entrecortados
laten en mis piernas,
arañan tu peso ausente.
En pendiente asedia el deseo,
cuando la niña se marea
en el muelle
donde se aquietan las olas.
Un ateo reza en mi corazón,
llora por su dios inexistente.
Sólo un fantasma jadea
en la hendidura.

Soy la que no te aquieta,
la que ofrece su escasez de agua,
mi vacío de cruz desposeída.

Hasta la eternidad
sangrarán nuestras palabras
en los muros de pueblos desolados.
Hasta la eternidad
latiremos violentos
en los horizontes del cuerpo.
Hermanos desterrados
deambulando nómades por los desiertos.
Penetrados desiguales por el azote absurdo,
tumbados hasta la eternidad
en el impudor sensual de la frescura.
Alegría en los desmanes de la muerte:
despuntamos la vida deshaciendo fórmulas
donde será estéril hasta la eternidad
el intento de aquietarnos.
Y tus besos en la glorieta imaginada
son la promesa de olvidar
esta irremediable soledad que no cesa,
que no cesa...

Cuando es domingo
todo se parece a la muerte.
Porque tengo los ojos en vidrio molidos,
un hambriento esperando en el zaguán.
Hurga dátiles en espinas mi deseo
mientras las viejas cuchichean
debajo del sol entoldado.
Es tan pura la tarde,
tan limpia,
es un umbral mojado
que enfría mis piernas,
y vos no llegás en polvareda
desatando ternuras.
Se parece a la muerte
este bostezo interminable
en la ferocidad de mis venas.
Porque todo es domingo,
y no estás.

Qué hago yo acá
cuando mi abuela
aún se está muriendo.
Si no regresa
su sangre desterrada.
Qué hago
con mis manos llenas
de libros, de hojas, de tinta.
La venganza es un abrigo áspero
y me raspa desde siempre.
Duerme sobre mí
el deseo dulce
de remover el fuego.
Entonces cuento las horas
para partir
antes que sea tarde.
Oh, si me arrullaras
mientras todo lo mío,
duerme.

Desde el fondo
de una casa que no tengo,
imagino tu dialecto sudoroso
en el contorno de mi cuerpo.
La decadencia me salpica
y ata espectros en líricos doseles.
Entonces tu talla cabalga
en mis encajes perdidos,
sueña soleados efugios
en la vereda que acaricia.
Tu semen esculpe raptos en un lienzo
cuando gotean cruces ojivales
en la iglesia de mi pueblo.
Y yo, virgen de extramuros,
bajo la escalinata
para alcanzar en procesión el cielo.

Ella vende medias viejas
en una tienda sombría
de un barrio cualquiera.
Algo de mí acompaña
la fuerza de sus brazos
abriendo las persianas.
Y todas las noches
cuando ávida cierra
la caja medio vacía,
vecinas gordas y feas me señalan
en la vidriera que nada muestra.
Hoy estamos tan cerca.
Ella, como yo,
quiere ser otra y no esperar.
En ese almacén
al final de la última calle,
sólo quiere la quietud ignorante
de las horas igualadas.
Y yo aquí,
pegoteada en el encierro
quiero no saber de esta idea,
que ya no duela la luz.
Ay que sea dulce la oscuridad.

Me desnudo sin huellas animales
en los reflejos de la noche,
mientras una sombra abriga
lo que se vuelca, lo que se me va,
dulce espectro de voces nuevas
saqueando fuegos a la muerte.
Así se puebla de tibieza tu distancia,
así convivo con las entrañas del vacío,
el goce ausente de tu música en mi cama.

Una casa es un lugar
donde se duerme,
donde se apilan sucios los platos.
Algo que fue
en las manchas de los manteles.
Restos de carne cocida
como en las sábanas los remiendos.
Sucia se amontona la ropa en canastos.
Se suma, se junta, se aprieta
en la casa donde sueño
tu mano escribiendo palabras
sobre mi agua herida.

III

HUECOS EN EL ALAMBRADO

*Y los golpes repíntense, y los pasos,
e ignoro aún si asistiré al festín
tritador o triturado. Larga es la espera
y mi sueño de ti no ha terminado.*

EUGENIO MONTALE

1

Se oyen ruidos,
ruidos desesperados
como vestigios que se enciman.
Algo domina mi gesto
entre las sábanas,
pero yo vuelvo la espalda.
Oscura materia del silencio
como inacabadas paredes
es todo mi cuerpo
que se escapa.

2

Que estalle tu alma
para que vibre la inercia.
Que estalle como el aceite estalla
en la palidez de la seda.
Como ventisca apasionada
quiero despertarte,
estremecer el mapa descolorido
de los colonizados.

3

Dejo en tu bolsillo
mi perfume de niña perdida.
Te doy la llave de la puerta
en tu siesta de llanuras.
Enaguas, como banderas promiscuas,
cubren viejas latitudes.
Mi delirio pretende
el gozne de tus manos,
pero tiene filos
la turgencia del deseo.
Y no es un hontanar
este sino que va minando el ladrido,
ni es pátina dulce
la arcilla que me deshace,
cuando trepida mi piel
que te imagina.

4

Cuando ellos saldan su cuerpo
yo duermo y escucho
el latido de aceites amargos,
duermo y restriego
mis besos de agua ahogada.
Todas las mañanas
cruje el cuero en el taller
golpeando su forma metálica.
Todas las mañanas
el sudor se desliza en mi pieza,
allí donde no estás,
donde te imagino
descubriendo ante mis ojos
tus vellos rescatados.
Y aprieta el corazón,
se echa a la calle,
busca.

5

Hay un olor a fugas en la sombra,
será que me brotan trinos
que tu voz pronuncia.

6

Tengo un estallido
enquistado en mis sueños.
Tengo un destino prestado de justiciera,
y cartas que el azar no elige.
El verano es una fiesta de olores y gestos
cubriendo cuerpos deshabitados.
En el hueco de arreboles
el hombre ostenta
sus inútiles catedrales.
Y yo soy una niña absuelta
esta noche,
un tajo en la falda.
Debajo de alguna fría estrella,
en pujos sobre satenes blancos,
te espero.

Vago por tus cuartos vacíos,
por rincones que se abisman
en el trazado íntimo de los pasillos.
Sobre la mesa rústica del origen
voy a decir, desnuda,
palabras exaltadas, aquí,
en la ternura de la memoria.
Y mi sangre ya no podrá más.
Como un resplandor
atravesando la ventana,
rebasará en la emoción
el desborde que te nombra.

8

En esta latitud enemiga,
obstinadamente limpia,
extiende el líquido desvelado
sobre sábanas que parten.
Casi acurrucada
en el vacío de tus noches,
me impregno como filtración,
dibujo máscaras
en muros extraños.
La quietud del cuerpo me lastima
cuando en mis zanjas
vos abris mi soledad.

9

Muertos los héroes, rendidas las batallas,
tu voz es una promesa
para cruzar el mapa jubilosos
y olvidar el signo autoritario.
Ay si pudiera desdibujar el día,
tu voz, plateada espesura,
cincel que hinca palabras en ausencias,
estaría esperando
en la casa donde habla tu alegría.

10

Soy vendaval.
Ya no me paraliza el suelo,
pozo irreverente
donde vuelco mis silencios.
Todo es oscilación en mi sangre,
sólo los miedos estallan
precipitados en el vacío.
Se ven lindas desde afuera
las casas en frisos de tafetanes,
pero hay trabas como garras.
Y yo estoy en la cornisa
colgada de los canteros.
Si me cayera
los despertaría el estruendo,
y si volviera
sería saciada en panes de engaño.
Es tarde,
alegre mi cuerpo abandonado
habitará el límite inseguro.

11

Con olor a tinta derramada,
a lenta madera seca,
me suelto de la mano
en tu sótano de bruma.
Desciendo a los huérfanos
que ríen en mi corazón.
No hay ojos bulliciosos
en mi vestido de novia,
sólo paredes y libros y cicatrices.
No es nuestro el simulacro
de recorrer el paraíso.
Tus brazos me llevarán
al cielo ilusionado
donde me invento
un recorrido húmedo
de cariñosas madrugadas.

12

Un tedéum,
un rezo que calme
tardos vigores que acuchillan.
Mi candor será infinito
cuando lo roce tu cuerpo,
y nada de lo que fue resistirá.
Allá la belleza indolente
azucarando púas
en riadas secas.
Y los abates, los excomulgados
abates gritan en la carne
a orillas de este amor desposeído.
Purga nuestra desnudez
la soledad.

13

Apenas echadas las persianas,
cuando el día se aletarga,
boca abajo, él me espera.
Negros sus ojos desatados
provocan mi gesto de bravura,
el ritmo pletórico de olvidos.
Yo adoro de rodillas
todo lo que en él habla,
la honda lentitud de su piel.
Entonces se despliega
ese murmullo altivo,
pierdo pie y me sofoco
leve en su cuerpo que me espera.

14

En la delgadez del agua
flota un castillo transitorio
murmurando palabras de peligro,
esa nada violenta
en el sudor del miedo.
La esperanza duerme
en terrazas frías,
mientras yo corro
tras el sueño de tu sexo
como una caricia entre mis sábanas.

15

Fuimos a misa una tarde.
Corrieron lágrimas
en mi blusa blanca
de pausas agitadas,
mientras tus ojos de humo
acariciaban fisuras en mi rezo.
En aquel cuarto de múltiple gris,
por el hueco de los vitrales,
como una zozobra
me acechó el cariño.
Y volví bordeando la bruma,
entre la tierra de tus pasos
y el brillo duro
de mis ríos silenciados.

16

Todas mis ventanas son altares,
y las paredes
la urna sepulcral
donde escondo mi deseo.
Por tu ardor de caballero
me quito las medias y camino
hacia tu casa, hacia tus manos,
campo minado que atravieso
en mi cabalgata flamante
hacia la lenta caricia,
hacia tu voz que me desnuda.

En medio de la tormenta,
pasajera del significado,
relámpagos pastosos me desgarran,
me extravían en el paraje sin palabras.
Y huyo y te encuentro
en esta idea del abismo.
Como vertiente que no halla su vacío
muero en tu habitación de letras agitadas,
cuando tus labios revolotean en mi boca
como mariposas del sentido.

No te vayas todavía,
mira el parpadeo de los ancianos
en la muerte del sueño que resiste.
Aquí, en mis labios,
la grieta de sangre
aprieta los cielos que emigran.
Aún no han perdido
su hegemonía los espejos,
manchas alborotadas cabalgan silencios.
Hay un desvarío frenético
en la oración de mi cuerpo,
y un visitante piadoso
arrulla vectores inertes.
Irte así, tan temprano,
como primacía de recodos prudentes,
irte así, perfumando pausas que desanda
el encanto
es temblar en las paredes,
como figuras paganas
imaginando conventos.
Cuando traspases la calle que te aleja,
un viento helado derribará mi origen.

19

Contáme una historia
y al contarla
no dejes de mirarme fijo.
Que tus ojos entibien el desorden
de mi vestido.
Que sea un cuento vandálico
acerca de cómo abandonar la carretera,
una historia que me descubra,
que desempañe espejos.
Protegida en los campanarios
tu fábula exorcizará la calma,
y yo desataré armaduras
en el desaliento de mi ropa.

Descalza,
con memoria inefable,
corro a través de las calles
de aquel barrio.

Mi corazón es un arma
buscando bordes desaparejos,
la otra patria.

Pies descalzos en calles inundadas
y el alma que presiente otro cielo.

21

Sacerdotisa vestida de novia,
voy por tu calle
adornada de soles
y rumores obscenos.
Una pira es tu casa
que mi mano busca,
un espacio en la oscuridad
donde despeñar el exilio
y escurrir las distancias.
Para volver diáfanos los ojos
mi mano busca tu mano.
Tus dedos encienden el sacrificio
de lo cetrino que muere, de lo que nace
sin marca, sin castigo.

Cierro los ojos
al espejo sudoroso
donde se astilla el padre.
Cierro los ojos
a su luz vertical,
luz desheredada,
mancha desteñida
en mi pieza de alambres.
Y salto
desde esta ceguera mía
hacia mantos inquietos de caricias.

Cuando cruzo la frontera
de tu pueblo devastado,
acurrucada en tus escombros
te hablo, tiemblo.

Entonces, toda mi voz
en el eco de tu cuerpo,
retiene la tierra sedienta
del origen que me abraza.

Es una escena simple:
ella apaga la luz,
él abre las puertas al cielo del patio,
la sensación de Venecia los inunda.
Ella es una niña de Gauguin,
apasionadamente pudorosa.
Suave él la desviste.
No hay ninguna cama en este cuarto,
no es una habitación.
Ella se tiende sobre la alfombra.
Él la mira grave, casi triste,
hay dolor en su piel que no daña.
Ella desea su sexo y se resiste,
desea jugar y se ríe.
Hablan, murmuran,
muerden salvajes palabras que los aferran.
En remolinos descende su sangre, la desespera,
la empuja hacia el abrazo que la ciñe.
Entonces se ondula ensimismada,
arranca y contiene el sudor que la lleva.
Así de bellos como ángeles caídos
se rodean, luego se incluyen.
Apenas pasada la tarde
ella debe partir.
Es incierto el camino de regreso,
prolongada la calle donde vive.

Asida a las palabras
como un espasmo
que desabotona el pecho,
voy divulgando el peso de mi cuerpo.
Aullido siempre ávido,
las sílabas de libertad
son los perros desangrados
en el cuadro del prisionero.
Candelabro barroco
en este tiempo de luces
son mis versos rodando
en la vereda soleada
de tu sexo.
Hay bultos en los acentos
de su lengua calma,
mástiles callosos
que en rincones aterciopelados
penetran el lugar oscuro,
ángulo predestinado,
página blanca donde fluyen mis sueños.

Atravesemos el postigo,
huyamos hacia los médanos del sur,
hacia el signo que nos falta.
Más allá de la reja
olvidemos lo irremediable
despegando mis alas.
No los despiertes,
deja que se ahonde el ronquido
en camas estrechas.
Y dame más de tus pies descalzos,
más del humo invisible
en el olor de mi cuerpo.
No te detengas.
Nuestro ruego estremece
la pieza tranquila, segura, muerta.
Somos los desheredados que rechazan
su ración cotidiana,
su leve pitanza de la nada.

Te estoy amando.
Mis labios te buscan
como volcán que se detiene.
Una gotera trota en mi lecho,
arrima huecos
que arañan las sábanas.
Cuando me rozás
doy nombres descarnados
al deseo que se agita.
Entonces me quito la mantilla,
y en confesión comulgo
con mi cuerpo desnudo que vuela.

En intervalos,
en escenas entrecortadas,
como letreros de todas mis calles,
anunciando lo que dura
en el tiempo limitado.
Como tejido salvaje, tibio
me llevaste a tu potrero,
a tu siesta de sábanas gastadas.
Cortaste florcitas en mi encierro,
mi ánimo de luz adormecido.
En la oscura paz de tu mirada
un ladrón hirió al guardia.
Inútil la cerca,
cuando el recuerdo de lo que soy
es presagio en tus besos.

Hay una esquina
de hamacas coloridas
donde nunca nos encontramos.
Hay un sol
que entibió mis piernas,
desnudas en el balanceo solitario.
Hay una hora del abandono
de los ruidos en la siesta.
Hay pisadas impregnadas
en los techos de brea,
casas como grutas vacías.
Mi deseo de niña espera
como caprichoso tronco viejo
donde crece la hierba.
Cerca de tu morada,
hay una plaza de juegos ausentes.
Podríamos mecernos
mirando el cielo naranja,
repetidamente de un lado a otro,
más alto, más fuerte,
suspendidos sobre la madera que oscila.

Escribo mensajes sobre aquel vapor
de sopa en las ventanas,
los escribo hacia ningún patio,
hacia la vereda sofocada
que siempre esperaba.
Allá en el sur,
cruzando el puente viejo,
recobro mi voz,
me hago leche,
te alimento.
Lejos del límite ancestral
se estremece de amor
mi cuerpo perseguido.

Me quedaré a dormir esta noche,
me sumaré al relieve
de paredes tumultuosas,
y frotaré hasta que crujan los mosaicos
en el temor de los callejones.
Esta noche
me bendecirá un condenado.
Y durará la oscuridad
como un infinito en nuestros cuerpos.
Sólo la piel recibirá el frío del alba
y la ternura en vigilia curando llagas.
Luego inventaremos un glosario
de palabras nuevas,
un almanaque de caricias
en la furia de almuerzos imposibles.
Me detendré en tu cuarto, en tu cama,
y no habrá huellas ni marcas,
seremos dos que vuelven del resabio,
como grietas que respiran en el alma.

Mi cuerpo habla,
ya no canjea
pedrerías para el hambre.
Arrodillado en las aspas de tus brazos,
te reza, se escurre
entre la niebla
de la tarde que cede.
Desde el ombligo
te arroja el agua
que pone en vilo al silencio.
Y es infinita
la gracia del instante,
letargo de la luz
en la callejuela de mi piel
que se prolonga.

En el patio la lluvia
se ondula contra el vidrio,
es un soplo la luz.
Nosotros estamos desnudos, definitivos,
como si fuéramos a nacer
o a morir hoy mismo.
Estremece el murmullo del agua
el verdor de los cuerpos.
Y aquí me abandono, floto
sobre tu sexo que respira.
Abriga la tarde repleta de fábulas
cuando escribimos signos indisolubles
en el desenfreno interior.

IV

EL ESPLENDOR DISIPADO

A mi madre

*A veces me da lástima. Tanta
dureza, tanta fe, tan impasi-
ble o inocente soberbia, y los
años pasan, inútiles.*

JORGE LUIS BORGES

*¿Y qué será de nosotros sin
bárbaros?
Quizás ellos fueran una solu-
ción después de todo.*

KONSTANTINO KAVAFIS

Que no duela.
Por favor, que no duela.
Que la espada tibia abandone de una vez mi
cuerpo.
Que encuentre por fin el color robado,
el perfume de las flores perdidas.
Que la belleza profanada se acurruque
en la esquina seca del tiempo.
Que los pechos vacíos de la Madre dejen de
gemir.

Nos encontramos solas, vos y yo,
vos llena de cuerpo y guerra, aquí, a mi lado.
En medio de este campo tan verde
me regalaste tu carga,
tu equipaje inútilmente pesado.
Y en esta llanura plena de hombres sanos y
estrellas buenas,
me legaste las miradas muertas, las manos
sangrientas.

Y fue un día triste
aquel en que soltaron a los locos
y la espuma de sus labios ensució tus tierras.
Ellos violaron tu débil juventud
y sé, ¡cuánto lo sé! que también violaron tus
piernas nuevas
Fue el día en que soltaron a los locos
y rodaron las cabezas de tus padres
cuando en una de sus convulsiones
abrieron vientres florecidos.

Todo el mundo civilizado cosió una gran
mortaja,
y allí guardaron y guardan tanta cobardía,
tanta esquizofrenia,
tanta histeria desencadenada.
Aquí, en el país del plata,
crecí al ritmo incongruente de un típico autista.
No fue fácil combinar seda y sangre, perfume y
vómito,
y estar tan lejos, y armar desde la lejanía un
rompecabezas
al que le faltan
irremediabilmente las mejores piezas.

Me preparabas regalos, abuela,
y colocabas en mis bolsillos puños cerrados,
el gesto de matar.
Y no pudimos ahuyentar la memoria,
la memoria, lengua pegajosa descansando sobre
mi vientre.
Tu queja, esa conjura necia,
se arrastraba en mi confusión.
Y qué hago yo con tanto testimonio sucio.
Qué hago yo con mi cuerpo quieto, con su
esperma helado.

Que llegue la mano,
que por fin llegue la mano
que rapte esta antigua opresión.
Todos los días inicio un viaje de regreso,
y sé que durará toda mi vida,
miles de años.

Que llegue el abrazo,
que me diga que ya está,
que ya pasó,
que ya está.
Pero el abrazo no llega,
y duele más,
y todavía más,
y aquí adentro, muy adentro,
todavía más.
Afuera está helando y tengo frío.
Apoyaré mi cabeza, abuela,
en la almohada de tu dolor antiguo.

El puntapié de mi clamor se va oxidando
al ritmo de esta pelvis ondulante.
Una silueta vigorosa intenta introducirme
en el molde parejo de la gran masa.
Hay días, abuela, hay días
en que detrás del ocaso hipnótico
retorna obsesiva mi sinuosa alucinación,
viscoso deseo de bañar en crema el basurero
ilimitado.

Que se detenga el cuchillo,
que su filo magnético deje de atravesar mi pie.
Que el velo anodino tape el vello tibio
ensortijado.
Soy un fantasma más en la quietud de mi calle,
una apestada más de la indiferencia y el olvido.

Que se renueve el tatuaje heroico,
que esta sarna caprichosa deje de sangrar.
Que alguien detenga el respirador artificial,
que dejen de empujar la silla.
Oh, abuela,
fue una turbulencia orgiástica la que mordió mi
libro sagrado.

Con delicado esmero afeité mis piernas largas
antes de convertirme en el desecho de miedo y
mugre,
antes de transformarme en el animal
domesticado,
en la imagen de una flor artificial.
Ay, que esta amnesia caníbal no termine por
devorarme.
Que las palabras que me encomendaste
resistan la parodia promiscua de la mimesis.
Que esta eyaculación transparente,
esta inocencia venenosa
no me clave en el Muro de la duda y el hastío.

Como una poseída más me integré al paraíso
convencional,
al tiempo afrodisíaco de las caricias amplias,
y mi destino en huelga se precipitó
en esta ciudad de tules y serpientes,
de guirnaldas y mierdas,
en la ciudad de los cristales estallados,
trágicamente irónica esta ciudad.

Que se destrabe el grifo milenario,
que se abran todas las canillas,
que se desborden los ríos
limpiando la tierra perversa.
Camino entre chatarras lascivas
y tiembla con su roce
la piel comprada en la feria del domingo.

Alguien ha escondido la cítara milagrosa
y con ella se han llevado el código secreto,
la llave que integraba el cielo con la tierra,
el revés y el lado de la vida clara.

Que me atrapen,
que me tomen por la cintura y me revuelquen,
que este rocío lujurioso se cuele por el jardín
sedado.
Vamos, que alguien desordene esta sumisión,
que me saquen esta muleta clavada en mi
hombro,
que pueda, finalmente, caer, precipitarme.

Cada mañana
en mi bandeja plateada
me sirven una evasión bien adornada,
porciones generosas de abstinencia.
Un tirano mojigato me da latigazos de absurdo
y miedo,
de un olvido ridículo.
Las arpías culposas juegan a las escondidas en
las esquinas.
Pintan graffitis en las paredes de una plaza
Amurallada
y acorralan con su erección
una inocencia que ya no es mía.

Ay, abuela, nosotras nos maquillábamos juntas
con los colores de una justicia dividida,
esa rara virtud devastada por la banda
posmoderna.
Que la lluvia embarre los distintivos,
que se descosan las condecoraciones.
Que esta avalancha de miel y almendras
desnude a la blanca novia.

En mis sueños yo me calzaba la bota de siete
leguas
y llegaba marchando a tu país querido.
Me llenaba de tu aire y atravesaba las cabezas,
que como semental rabioso arropaban el mundo.

Quiero ver despedazada
la alcoba tiesa de mis miedos.
Y en el simulacro cotidiano,
en el sedimento gris de lo ausente,
en la fría barrera virtual
yo no sé dónde descargar los golpes.
Todo espacio está viciado,
la insignia pragmática
cubre el aire entre campanadas que llaman a
sosiego.

Estoy en el balcón
con la paranoia propia de los que perdieron el
presente.
Allá abajo,
en el mundo de la renuncia y el residuo,
las brujas orinan mi tierra santa.

Lo eterno se desvanece en su rostro facetado,
su osadía de macho aplasta cualquier intento de
fuga.

Y en el territorio mitigado las palabras,
esas aguafiestas juguetonas,
se vengan sin piedad de mi grito jadeante.

Abuela, yo te oculté bajo mi muslo
como mancha inabordable, como parpadeo
doloroso.

Que el que sabe de mí
desnude mi corazón,
que me quite la mantilla bordada.

Ellos nos habían rapado las cabezas
y nos habían perfumado con un odio gramatical.
Morteros y escopetas se derramaban de nuestras
lenguas.

El matador dibujaba una autopsia a la muerte
interminable.

Los sátiros pintarrajeaban la polis dorada.

Que salgan a la luz
las ratas muertas de semejante borradura,
que se acorte el camino,
que se achique la cima,
que se deshaga la montaña
donde este Sísifo balbucea su crónico martirio.

Una morfina colorida juega en las antípodas
del dolor,
tamiza la coartada sutil
en favor de esta historia ridícula.
La polución automatizada
maniató mis voces.
La investidura más solemne y su idolatría
adornaron mi trampa,
tediosa paz del desaliento.

Que suba en la próxima estación el pasajero
violento,
que exhiba con descaro su ropa interior sucia.
Que robe este silencio engarzado en oro,
esta pulsera que me ata al corral de todos los
días.

No se han descifrado los códigos.
Mentiras.
Son mentiras las manos que no curan,
mentiras los oídos ciegos en atender otra música,
mentiras los labios que erizan la piel de la
hembra aprisionada.
Estamos bailando la última canción
y ya no tengo ni pies ni brazos para
acompañarlo.

Los ogros cómplices me degüellan en el bosque
cotidiano.
Y es sofocante el aire en la caverna,
y es amenazador el engaño,
no alcanzo la sortija
que se oculta en un pastel
que brilla en la tierra de los otros.

Que las hadas mezan mi cuna nacarada.
Que me desprenda sin piedad del consuelo
descartable.
Que fluya el vino.
Que esta hostia bendiga el cuerpo abatido.

Yo doy clases en un aula vacía,
leo libros repletos de murciélagos,
y dibujo jeroglíficos en los muros de su alma.
Oh Júpiter, dios de la voluntad y el juicio,
que tu rayo parta esta travesía, la ruta sin salida.
Han repartido las coronas y las palmas
y no estoy en la lista,
no estoy en la fila de los adaptados
Que alguien desempolva la conspiración,
oh, abuela, que estés a mi lado la mañana
siguiente.
Disolveré el burdo acento de sus lenguas.

Un encubridor colorinche pone la mesa todos los
días,
vuela por el cielo de la ciudad
entretejiendo de sombras las nubes.
Una camarera blanca edulcora las ojeras de los
fantasmas.
Empapelados de radares,
con el espíritu minimalista,
mis paisanos tienen el saludo seco,
el olor falaz de las marionetas.

Que no se cumpla el préstamo de sangre,
que no vistan con alfombras nuestras chozas
polvorientas.
El vampiro encontrará mi carne dura.
Que amanezca pronto en los tiernos pastizales,
que su aire dorado pisotee a los héroes de esta
herencia.

En el cemento,
en el camino desfondado,
pululan los señores de agendas abultadas.

Allá en el fondo,
en el potrero destartalado,
siento la subversión de los hambrientos,
el vientre de las viudas que penetra el
patriarcado.

Ay, que me resbale por el límite infranqueable.
Que este baile gitano muerda la ceniza de tus
muertos.
Que se caigan del vaivén satelital.
Que se evapore el ciberespacio de esta falsa fraternidad.

Hay una risa en todos los rostros,
una relatividad sin garantías en el mosaico
desparejo.
Y desde mi fantasía gótica yo creí
que eran de verdad el heraldo y el repudio,
que el decoro y la justicia y la belleza y la vida y
la muerte
eran de verdad.
Han desactivado la intensidad de los rituales.

Que se amotinen las orillas.
Que revienten los narradores oficiales.
Que este agotamiento evapore la indolencia,
la saga de los replegados.
Que se aceleren las contracciones,
que de este útero púrpura
florezca un grito nuevo.

El jurado universal afloja las bisagras.
Los bufones del poder disuelven el veredicto
diario
y sus burlas empastan el océano de mis dudas.
La profecía irritante chupa el resto de seriedad
de estos cuerpos empaquetados,
invulnerables, estos genitales vendados.

Los señoritos arrogantes
derraman diccionarios por las calles.
Y un optimismo hereje
vacía de significados nuestras palabras.
Ya no hay martirio ni locura, abuela,
no hay enemigos en el balcón.
Los discursos edifican metáforas de la tortura.
Ay, abuela, nos han abandonado en el cuarto de
atrás.

Que se atraganten con el linaje corrupto,
que el delincuente impalpable me vuelva a
encontrar.
Y que el cortocircuito diario
no apague las luces de mi devoción íntima.

Yo me arranqué los labios,
los regalé.
No hay voces posibles,
ni dulces ni tiernas,
ni duras ni crueles.
Estamos en el juego de las miniaturas
adolescentes.
Y el colapso

se demora tanto en llegar.
Y el artificio,
la luz eterna del día
impone esta victoria desigual.

En el festival tornasolado,
en el elástico ablandado
se rematan mis ilusiones.
Y ya no tengo nada,
no me va quedando nada.
Un consumo espeso amortiza mi lengua.

La computadora general,
el gran armario universal
borra nuestra memoria,
y en su ubicuidad,
en su amargado onanismo
nos olvida, nos asfixia
con el aire alegre de una nueva cofradía.

Que desaliñen su plácida pureza,
que fornicuen en el matorral los cielos siempre
azules.

Colgaré al híbrido ingenuo
del piolín de la incontinencia.
Nadie supera la sustancia
en el damero perforado.

Oh, abuela,
en este camino de piedras
te han sepultado tantas veces.
Quise desenterrarte y llené tus tumbas
con las máscaras del esplendor disipado.

ÍNDICE

I

DEBAJO DE LA PIEDRA

Nada debajo de la piedra
Es herrumbre lo que se cuele
Nos enhebran
Está tan oscuro adentro
Es mestiza la llanura
Somos medidas
En el confín de la vegetación
Cómo decirte
Es una larga noche el día
Crecen las alas en la jaula
Este es mi abandono
Juntarme en esa casa
Es una alucinación
Desmantelar la casa
Es poroso este paredón
Hay crepúsculos atascados
Abandonar la caravana
Estoy despierta en la cama
Segmentos desertores
Cierro el paréntesis con arabescos
Rasga la niebla
Como los dedos deformados
La maldita desgarradura
En las vetas de yeso
Arrinconado en atávicas plegarias
Duele estar lejos

II

LA DESNUDEZ DE LO QUE FALTA

Partida al medio
Aristas del coito impenetrable
Encerradas mis alas
Vivo refugiada
Te susurro al corazón
Fragmentos vaciados de mí
Vuelvo de aquel lugar
Quizás esto no sea
Tus palabras llegan a mi cama
Soy todas
A oscuras
No puede ser un grito
Todas las noches
Busco mis pasos
Todas mis sombras
Sólo un gesto de ternura
Si lloran mis palabras
Caminé por tu casa vacía
En ajadas nupcias
Ay, ávido escultor
Mares en ojos imposibles
Si me desnudaras hoy
Tus manos calan mis encajes blancos
Son de vértigo
Tengo dedos balbuceantes
Soy la que no te aquieta
Hasta la eternidad
Cuando es domingo
Qué hago yo acá
Desde el fondo
Ella vende medias viejas

Me desnudo sin huellas animales
Una casa es un lugar

III

HUECOS EN EL ALAMBRADO

Se oyen ruidos
Que estalle tu alma
Dejo en tu bolsillo
Cuando ellos saldan su cuerpo
Hay un olor a fugas
Tengo un estallido
Vago por tus cuartos vacíos
En esta latitud enemiga
Muertos los héroes
Soy vendaval
Con olor a tinta derramada
Un tedeum
Apenas echadas las persianas
En la delgadez del agua
Fuimos a misa una tarde
Todas mis ventanas son altares
En medio de la tormenta
No te vayas todavía
Contáme una historia
Descalza
Sacerdotisa vestida de novia
Cierro los ojos
Cuando cruzo la frontera
Es una escena simple
Asida a las palabras
Atravesemos el postigo
Te estoy amando
En intervalos

Hay una esquina
Escribo mensajes sobre aquel vapor
Me quedaré a dormir esta noche
Mi cuerpo habla
En el patio la lluvia

IV

EL ESPLENDOR DISIPADO